

puertas de todas las cárceles. Los reverberos, las candilejas y las hachas de viento, mezclaban sus pálidos resplandores á los rayos de la luna que alumbraba aquellas pilas de cuerpos, aquellas cabezas cortadas, aquellos troncos destrozados y aquellos charcos de sangre. Durante esta misma noche, Hanriot, estafador y espía en la época de los reyes, y asesino y verdugo en la del pueblo, puesto á la cabeza de una banda de veinte ó treinta hombres, dirigió y ejecutó el degüello de noventa y dos sacerdotes en el seminario de San Fermin. Los satélites de Hanriot, persiguiendo á los sacerdotes en los corredores y en las celdas, los arrojaban vivos por las ventanas sobre un rastrillo de picas, asadores y bayonetas, que los atravesaban en su caída. Algunas mugeres á quienes los degolladores dejaban este placer, los acababan á palos arrojándolos al arroyo. Lo mismo sucedió en el claustro de los Bernardinos.

Pero ya las víctimas faltaban en París á la sed de sangre que habian encendido aquellas noventa y dos horas de carnicería; las cárceles estaban vacías, y Hanriot y los ejecutores de estas maldades, en número de mas de doscientos, reforzados por los malhechores que habian reclutado en las cárceles, se trasladaron á Bicetre con siete cañones que el ayuntamiento les dejó impunemente llevar.

Es Bicetre una vasta cloaca donde se reúne todo el vicio del reino para purificar la poblacion de locos, mendigos y criminales incorregibles que contenia entonces unos tres mil quinientos presos. Su sangre no tenia color político, pero pura é impura, al fin era sangre. Los degolladores forzaron las puertas de Bicetre, derribaron los calabozos á cañonazos, arrancaron los presos é hicieron una carnicería que duró cinco dias con sus noches. El agua, el hierro y el fuego, sirvieron para esterminar á sus moradores.

Los unos fueron inundados ó ahogados en los sub-

terráneos en donde habian buscado un asilo, los otros despedazados á sablazos, y el resto ametrallado en los patios. Culpables ó inocentes, enfermos ó sanos, vagabundos ó indigentes, todos, hasta los insensatos á quienes esta casa servia de hospicio, fueron inmolados sin distincion. El mayordomo, los capellanes, los conserges, y hasta los escribientes de la administracion, fueron comprendidos en la matanza general. En vano el ayuntamiento envió allí varios comisionados; en vano el mismo Petion fué á arengar á los asesinos; estos apenas suspendieron su obra para escuchar las amonestaciones del corregidor. A palabras sin fuerza el pueblo no presta sino un respeto sin obediencia. Los degolladores no se detuvieron sino delante del vacío. Al otro dia la misma banda de cerca de doscientos hombres armados de fusiles, picas, hachas y garrotes, invadió el hospital de la Saliteria que no encerraba mas que mugeres perdidas; sitio de correccion para las viejas, de curacion para las jóvenes y de asilo para las que tocaban aun á la infancia. Despues de haber asesinado á treinta y cinco mugeres de las de mayor edad, forzaron los dormitorios de las otras, obligándolas á saciar su brutalidad, degollando á las que se resistian y se llevaron en triunfo con ellos niñas de diez á doce años, presa inmunda de la relajacion adquirida con la sangre.

XXI.

Mientras que estas proscripciones consternaban á París la Asamblea enviaba inútilmente sus comisionados para arengar al pueblo á las puertas de las cárceles. Los degolladores no suspendian su trabajo ni aun para oír aquellos discursos oficiales. Las palabras de justicia y de humanidad no encontraban eco en el corazon de aquellas fieras ébrias de aguardiente y de sangre. En vano el mi-

nistro del Interior Roland, llorando por su impotencia, escribió á Santerre que desplegase la fuerza para proteger la seguridad de las cárceles. Santerre no compareció hasta el tercer día para pedir al consejo general del ayuntamiento una autorización para reprimir á los malvados, peligrosos ya hasta para los mismos que los habían soltado contra sus enemigos. Los matadores fueron insolentemente á intimar á la municipalidad que les pagase sus asesinatos. Tallien y sus colegas no osaron rehusarles el premio de estos días de trabajo y pusieron en los registros del ayuntamiento de París, aquellos jornales apeaas disfrazada la causa de ellos, bajo títulos y pretestos espectosos. A Santerre y á sus destacamentos, no les costó poco trabajo el enviar á sus guaridas, á aquellas hordas cebadas ya en la carnicería. Estos hombres nutridos de crímenes por espacio de siete días, henchidos de vino en el que mezclaban pólvora, y embriagados con el tufo de la sangre, estaban exaltados hasta un estado de demencia física que los hacía incapaces de reposo. La calentura del esterminio se había apoderado de ellos, no sirviendo ya sino para hacer muertes. Desde que les faltó aquel oficio, muchos de ellos volvieron su furor contra sí mismos. Algunos cuando se restituyeron á sus casas, se quejaban de la ingratitud del ayuntamiento porque no las había dado mas que dos francos por día, lo que no llegaba á un cuarto (1) por víctima. Otros, atormentados por los remordimientos no veían delante de sus ojos mas que las caras lívidas, los miembros chorreando sangre, y las entrañas humeantes de los que habían degollado, cayendo en unos accesos de locura ó en una languidez tan siniestra que los condujeron en pocos días al sepulcro. Otros, en fin, objeto de terror para sus vecinos, y de odio para sus más inme-

(1) Aunque cuarto no es equivalente á son, es lo mas aproximado á dicho valor, comparada la moneda francesa con la nuestra. (N. del T.)

diatos parientes, mudaron de barrios, se alistaron en los batallones de voluntarios, ó incansables de crímenes, se unieron á las bandas de asesinos que fueron á continuar en Orleans, en Lion, en Meaux, en Reims y en Versalles, las proscripciones de París. De este número fueron Charlot, Grizon, Mamin, el tejedor Rodi, Hanriot, el carnicero, Allaire y un negro, llamado Delorme, traído á París por Fournier el Americano. Este negro, infatigable en asesinar, degolló por su mano mas de doscientos presos en los tres días y tres noches del degüello, sin tomar mas descanso que las cortas orgias en donde iba á restaurar sus fuerzas con el vino. Llevaba la camisa recogida en la cintura dejando ver el cuerpo desnudo; sus facciones repugnantes, su piel negra enrojecida con las manchas de sangre, sus risotadas salvages, suboca abierta y sus blancos dientes que se distinguían perfectamente á cada golpe que asestaba, hacían de aquel hombre el símbolo del asesinato y el vengador de su raza. Veíase personificado en aquel negro todo el odio que los de su color tienen á los blancos, y el deseo de acabar con toda sangre que no fuese de la misma procedencia que la suya. Demonio esterminador, vengaba en el cuerpo europeo los atentados que contra sus hermanos había cometido en el Africa. Este negro que se encontraba siempre en todas las convulsiones populares de la revolucion con una cabeza cortada en la mano, fué preso dos años despues en las jornadas de prairial, llevando clavada en una pica la cabeza del diputado Feraud, y pereció en fin, en el suplicio que había prodigado tantas veces. Tan pronto como los cómplices de setiembre se refugiaron en los ejércitos ó en los batallones de voluntarios, y fueron conocidos por sus camaradas, los batallones los rechazaron de sí con horror. Los soldados no podían vivir al lado de asesinos. La bandera del patriotismo debía estar pura de la sangre de los ciudadanos: el heroísmo y el crimen no quieren estar confundidos.

Tales fueron las jornadas de setiembre. Las sepulturas de Glamart y las catacumbas de la barrera de Santiago conocieron únicamente el número de las víctimas. Unos cuentan diez mil y otros las reducen á dos ó tres mil. Pero el crimen no está en el número sino en el acto de estos asesinatos. Una teoría bárbara ha pretendido justificarlos. Las teorías que sublevan la conciencia no son sino paradojas del espíritu, puesto al servicio de las aberraciones del corazón. Algunos piensan engrandecerse elevándose en los mal llamados cálculos de hombres de Estado, por uno de los escrúpulos de la moral y del enternecimiento del alma. Con esto se creen superiores al hombre y se engañan, porque lo único que logran es degradarse á sí mismos y rebajarse de la dignidad de tales. Todo lo que le quite al hombre alguna parte de su sensibilidad le quita una parte de su verdadera grandeza. Todo el que niega su verdadera conciencia la quita una parte de su luz. La luz del hombre está en su espíritu, pero sobre todo en su conciencia. Los sistemas engañan. Solo el sentimiento es infalible como la naturaleza. Disputar la eriminalidad de las jornadas de setiembre es sostener una falsedad contra el sentimiento general del género humano, es negar la naturaleza que no es mas que la moral en el instinto. Nada en el hombre es mas grande que la humanidad. A los gobiernos como á los individuos, no les es permitido asesinar. la cantidad de las víctimas no cambia el carácter del asesinato. ¡Si una gota de sangre mancha la mano de un asesino, los torrentes de ella no disculpan á Danton! La grandeza de la maldad no te trasforma en virtud. ¡Las pirámides de cadáveres levantan á una gran altura á ciertos hombres, pero aun sube mucho mas arriba la execración de los hombres hácia los que las forman!

Es indudable que no deben contarse las vidas que cuesta una causa justa y santa, y los pueblos que marchan por cima de sangre no se ensucian yendo á la conquista de sus derechos, á la justicia y á la libertad del mundo; pero esto se entiende respecto á la sangre vertida en los campos de batalla, y no á la de los vencidos, fria y sistemáticamente asesinados. Las revoluciones, así como los gobiernos, tienen dos medios legítimos de defensa: juzgar segun la ley y combatir. Cuando degüellan horrorizan á sus amigos y dan la razon á sus enemigos. La piedad humana se aparta horrorizada de las causas ensangrentadas. Una revoluciu que quedase inflexiblemente pura atraeria el universo á sus ideas.

Los que presentan el ejemplo de setiembre como un consejo y presentan los degüellos como elementos de patriotismo, pierden con anticipacion la causa de los pueblos haciéndola aborrecible: con tales doctrinas no puede conseguirse otra cosa que tinieblas, precipicios y caidas. El *San Bartolomé* debilitó mas al catolicismo que lo hubiera hecho la sangre vertida de un millon de católicos. Las jornadas de setiembre fueron el *San Bartolomé* de la libertad. Maquiavelo las hubiera aconsejado tal vez, Fenelon las hubiera maldecido. Hay mas política en una virtud de Fenelon que en todas las máximas de Maquiavelo. Los grandes hombres de Estado de las revoluciones son algunas veces sus mártires, nunca sus verdugos.